

## APÉNDICE

### LA MUERTE Y EL TEMOR DE LA MUERTE ¿SON NATURALES Ó CONTRA NATURALEZA?

1. **Hasta donde puede llegar la ruina de toda noción y de todo juicio moral.**—Conoce el médico algunas enfermedades que parecen cambiar por completo el sentimiento y juicio del hombre. En la maligna enfermedad del sexo femenino, que desafía todos los remedios hasta que no se consigue hacer predominar la voluntad, cuando llega á su periodo crítico, la persona afectada considera el olor de plumas quemadas y el de la asafétida como un soberano goce, y como intolerable el perfume de la violeta. El hipocondríaco nunca se encuentra mejor que cuando está solo, y sin embargo su mayor disgusto es el aislamiento y el abandono, que le atormentan más cuando todos se agrupan á su alrededor para consolarle y distraerle.

El mundo moral encierra muchas anomalías semejantes. Con profunda verdad psicológica dice Dante del único lugar en donde el movimiento retrógrado de la Humanidad al Humanismo llega á una tregua perpetua, que se invierten nuestros conceptos del bien y del mal; allí el amor no vive hasta que es víctima de la muerte; <sup>(1)</sup> allí no es más que un mal sainete lo que aquí tenemos por agradable. <sup>(2)</sup>

Todo eso es muy creíble. Esta misma inversión de ideas se observa frecuentemente aquí abajo; hemos presentado bastantes pruebas de ello y aun presentaremos muchas

(1) Dante, *Inferno*, XX, 28.

(2) *Ibid.*, XXXIII, 150.

otras. Sería cambiar el orden de las cosas representarnos con nuestros etnógrafos como estado natural de la humanidad el de barbarie y salvajismo, que por fortuna sólo se encuentra en los pueblos completamente degenerados. Es sin duda descender muy por debajo del animal estimar como Giordano Bruno <sup>(1)</sup> y Mme. de La Sablière <sup>(2)</sup> un privilegio honroso para el hombre el no verse como aquél reducido á una época determinada para satisfacer sus instintos sexuales. Con semejantes teorías no hay duda de que estamos próximos á ver realizarse en la tierra lo que Dante reserva para el infierno.

Ciertamente hay ya aquí tal retroceso al salvajismo moral, un olvido tal de toda sana noción, que no podemos menos de acordarnos de las hechiceras de Macbeth: «Lo hermoso es feo, y lo feo hermoso». <sup>(3)</sup> Recordando lo que dijimos sobre la deificación del mal, huelgan otras pruebas.

También pertenece á la serie de estas anomalías el juicio acerca de la muerte al que el Humanismo quiere dar derechos de ciudadanía. ¿Cómo puede ser, dice, la muerte un castigo y una cosa contra naturaleza, si es lo más natural y comprensible del mundo? Nunca tal locura se le ocurrió á nadie antes de que el Cristianismo la predicara. Tal es el lenguaje de esta mitológica enseñanza de la que no puede librarse ahora el mundo. Se ve cual ha sido su nefasta influencia teniendo en cuenta que ni la erudición de los hermanos Grimm se atrevió á oponerse á ella. Para la antigüedad, dicen, la muerte no era un ser que mata, sino simplemente un ser que os viene á buscar para conducirlos á otra vida. Se consideraba como homicidas la peste y la espada; pero la muerte aparecía como el mensajero de una divinidad, encargado de conducirle las almas de los muertos. Su aparición anunciaba la muerte, pero no la causaba. Por esto, en la leyenda, el ángel de la

(1) Giordano Bruno, *Il Candelajo*, I, 3.

(2) Hoefer, *Biographie générale*, XXIX, 705.

(3) Shakespeare, *Macbeth*, I, 1.

muerte da al niño un capullo, diciéndole que volverá cuando haya florecido. <sup>(1)</sup> Así dicen estos insignes eruditos.

**2. Servicios prestados por el Cristianismo relativamente á la muerte.**—Muy bien. Sólo necesita demostrarse que el ángel de la muerte, de que habla esta leyenda, no es un ángel cristiano, sino una invención del paganismo. El pensamiento de que el niño es comparable á un capullo que se abre esplendorosamente en el momento en que el Padre Celestial va á buscarle para trasladarle á su jardín, aparece desde luego como una idea cristiana. De ser esto cierto, la gloria de haber concebido la muerte como un mensajero consolador que viene á buscarnos para llevarnos al Padre, debe ser atribuida al Cristianismo y no al Paganismo. Tenemos, en efecto, gran número de leyendas semejantes, cuyo carácter cristiano es indiscutible; así, en Corvey, una flor de lis de la guirnalda suspendida en el cielo raso del coro, se inclina sobre el sitio del monje cuya muerte está próxima. En Hildesheim, es una rosa la que aparece encima de la silla de coro del canónigo que va á morir. En el monasterio de Altenburgo hay un rosal que florece cada vez que ha de morir uno de los miembros de la comunidad. Nadie percibe en estos signos nada de pagano. Luego si esta idea y otras semejantes, concernientes á la muerte, son cristianas, se deduce que la afirmación de Lessing es la destrucción más completa de la verdad histórica.

No es el Cristianismo, sino el pecado quien hace terrible la muerte. La gracia de Dios no suprimió los terrores de la muerte del mismo modo que no suprimió todas las consecuencias del pecado; pero las dulcificó mucho. Con su doctrina sobrenatural, la Revelación, no sólo arrancó su aspezo á la muerte, sino que enseñó á conocerla como tránsito á una vida mejor, á una inmortalidad personal, á una eterna recompensa. Pero si se trata de la muerte como término de nuestra vida terrena, aquella nada tiene que añadir para hacerla parecer más terrible á lo que de mucho

(1) Grimm, *Deutsche Mythologie* (4.ª edición de Meyer), II, 700 (799).

antes se conocía; tan sólo se consiguió que en adelante los hombres pudieran tener sobre ella nociones más claras que antiguamente.

### 3. Las diversas razones porque se teme la muerte.

—Vimos ya que, considerada desde el punto de vista puramente natural, la muerte del hombre tiene algo de enigmático. Si todo lo que vive se corrompe, ¿por qué únicamente el hombre habrá de resistirse á la corrupción? ¿Qué hay, por consiguiente, más natural que morir? Luego si ésto es natural; ¿de dónde proviene ese horror que ninguna filosofía acalla, ninguna poesía endulza, ningún arte puede disimular?

Con todo, lo enigmático no llega á lo terrible; pero la muerte, no sólo es difícil de comprender, sino que además nos aterroriza. Si no fuese otra cosa que la separación natural del alma y el cuerpo, el miedo que se le tiene sería absurdo y hasta imposible. Indudablemente el ser se resiste á la destrucción; pero ¿qué importa que el cuerpo pierda su miserable existencia? ¿no le basta al hombre que su parte más noble, el espíritu, dure eternamente y resista á toda corrupción?

Á esta verdad, que ya la razón enseña, añade el Cristianismo una segunda más consoladora para nosotros, pues por ella sabemos que el mismo cuerpo no padece un aniquilamiento eterno, sino que el alma, que sobrevive á la muerte, se unirá pronto de nuevo á este cuerpo y le animará sin que vuelva á separarse de él. ¿Por qué, pues, el creyente, en la inmortalidad personal del espíritu y en la futura resurrección del cuerpo, habría de temblar tanto en presencia de la muerte?

Á esto se junta, es verdad, algo que no es propio para tranquilizarnos; pero esa doctrina era ya conocida antes del Cristianismo, y en este concepto tampoco nos hizo más amarga la muerte. Si todo concluyese con la muerte, no habría que preocuparse; más á ella sigue la comparecencia ante el Juez infalible. Amru, el conquistador de Egipto, el hombre cruel y sanguinario, el vencedor en mil combates,

empezó á temblar cuando llegó su última hora. ¡Cómo! observó su hijo, ¿temes la muerte? ¡No! respondió Amru, no es la muerte lo que temo, sino lo que viene después. Le aterraba la justicia que es inseparable de la muerte.

Sin embargo, con todo esto no hemos encontrado el verdadero motivo que nos hace temer la muerte; los Santos también temblaron ante ella y el Santo de los Santos, el Supremo Juez, se estremecía pensando en ella. Mas ¿dónde está el motivo de ansiedad para aquel cuyo único deseo es presentarse delante de Dios, para aquel que empleó toda su vida en trabajar por Dios, en sufrir por Dios, en dejarlo todo por Dios? Si la muerte es tan amarga, alguna causa especial habrá para ello.

La Revelación solamente expuso con claridad esta causa. El sentimiento de la dureza de la muerte no fué patrimonio exclusivo del Paganismo; al acercarse la última hora, todos pensaban como el rey pagano: «¡Ah! que amargo es morir». <sup>(1)</sup> ¿Cuál era la causa de esta amargura? He aquí lo que no se sabía. Nosotros ahora sabemos que Dios no hizo la muerte, y que no quiere la perdición de los que viven. <sup>(2)</sup> Dios creó al hombre inmortal, <sup>(3)</sup> no en el sentido de que le dió un cuerpo por naturaleza inmortal, como muchos falsos doctores creyeron, <sup>(4)</sup> sino sólo en el de que colocó al hombre primitivo en el estado de inocencia y de santidad paradisíaca sobrenatural, comunicándole con los demás dones sobrenaturales el de la inmortalidad del cuerpo. <sup>(5)</sup> La gracia, la santidad, la justicia, eran una elevación del alma á la más íntima unión con Dios. La inmortalidad del cuerpo no era más que una especie de dote para la parte sensible sujeta al alma, del mismo modo que el príncipe que escoje por desposada á una doncella pobre la llena de alegría ofreciéndole toda suerte de preciosos regalos de boda. Pero si aquella es tan desagradecida y

(1) Reg., XV, 32.

(2) Sap., I, 13, Tob., III, 32.

(3) Sap., II, 23.

(4) Baius, *Propos. damn.*, 78 (Denzinger, *Enchirid.*, 958).

(5) Sto. Tomás, I, q. 97, a. 1; q. 102, a. 4.

necia que por su ligereza rompe las relaciones que el príncipe se dignó entablar con ella, es lógico que con la ruptura de los esponsales debe devolver los regalos recibidos. Pues bien, privada de todos estos ricos dones por culpa propia, sentirá en adelante su pérdida muchísimo más de lo que hubiera sentido su ausencia, de no haber sido escogida para regia desposada. Antes carecía simplemente de estos tesoros, más como no los conocía para poseerlos, no se sentía desgraciada: ahora no puede acordarse de lo que ella misma tan frívolamente ha rechazado sin experimentar un sentimiento de vergüenza, de tristeza y de castigo.

Lo mismo ocurre con la muerte. Si Dios hubiese dejado al hombre mortal, como era por su naturaleza, la muerte no nos haría desgraciados; ahora la muerte no es ya algo natural, sino la pérdida de la inmortalidad sobrenatural y, por consiguiente, no es un destino natural, sino un castigo del pecado. <sup>(1)</sup>

Esto nos hace comprender la amargura de la muerte. No es la muerte como acontecimiento natural lo que la hace penosa, sino la conciencia de haber sido privados, por castigo, de la inmortalidad comunicada por la gracia. Esto es lo que significan las palabras: El aguijón de la muerte es el pecado. <sup>(2)</sup>

**4. La muerte es contra naturaleza, porque es un atentado á la soberanía del alma.**—Sólo así claramente comprendemos por qué la muerte es contra naturaleza, y en que sentido el temor de la muerte merece ser llamado natural. Vimos que sin el pecado la muerte no habría existido en el mundo, que antes de la caída por el pecado el león comió hierba como el buey, el lobo no sentía sus instintos carniceros, no tenían las rosas espinas, las palomas hiel, y las serpientes veneno. <sup>(3)</sup> Milton probablen-

(1) *Concil. Milv. sess.*, 2, c. 1. *Trid. sess.*, 5, c. 1. S. Agustín, *Ep.*, 157, 3, 11 y sig. *Civ. Dei*, 13, 3, 4, 6, 12, 16, 23, *Pecc. merit.*, 1, 2, 2 y sig. Sto. Tomás, 1, q. 97, a. 1; 1, 2, q. 85, a. 5; 2, 2, q. 164, a. 1.

(2) I. Cor., 15, 56.

(3) Pererio, *In Genesim*, l. 4, 254-258; 11, 106.

te fué quien con su inmortal poema contribuyó más á hacer estas ideas muy populares. <sup>(1)</sup>

Sin embargo, hay que rechazar esta opinión, <sup>(2)</sup> pues no tiene fundamento y los teólogos la han rechazado siempre. Verdad es que Frohschammer y otros trataron de refutar la doctrina de la Iglesia sobre el pecado hereditario y sus consecuencias invocando las fósiles como pruebas de una primitiva sed de sangre y del terror producido en los animales por la muerte; pero si hubiesen estado más enterados de la teología, se habrían evitado ese trabajo inútil, ó al menos, habrían acudido inmediatamente á donde era menester.

En nuestros días no son los teólogos, sino los arqueólogos y los etnógrafos, quienes creen que los hombres se han devorado mutuamente en los tiempos primitivos, en el estado natural, en el período de las habitaciones lacustres. Lindenschmitt cree que en aquellos tiempos los hombres levantaron sus habitaciones en los lagos para defenderse de sus semejantes y no de los animales, pues las bestias salvajes, aun las más fieras de esta época, no hacían nunca muertes ni rapiñas; eran seres completamente inofensivos. <sup>(3)</sup>

Con todo, aun sin el pecado del hombre, existiría la muerte en el mundo. Es este el natural destino que acompaña inevitablemente á la naturaleza variable de las cosas. Si Dios hubiese dejado al hombre en el estado de pura naturaleza, sin elevarla al estado sobrenatural, habría muerto aunque no hubiese pecado, y en este caso la muerte no constituiría para él un castigo, ni algo contra naturaleza, sino un inevitable destino natural. Mas por la gracia divina el alma fué elevada á una soberanía ilimitada y completa sobre el cuerpo. Desde entonces, no sólo manda en los instintos y apetitos de la carne, sino que es capaz de mantener, sin perderlo, este imperio sobre la parte sensible del

(1) Milton, *Paradise lost*, XI, 182 y sig.

(2) Sto. Tomás, 1, q. 96, a. 1 ad 2: *Hoc est omnino irrationabile.*

(3) Petry, *Anthropologie*, II, 224.

hombre. Pues el aniquilamiento sería natural al cuerpo solo y aun al hombre puramente natural compuesto de dos elementos esencialmente diferentes, el cuerpo y el alma; pero desde el momento en que el alma fué elevada por la gracia sobrenatural á un tan completo dominio sobre el cuerpo, y en que el cuerpo fué puesto enteramente al servicio del espíritu, la muerte no dirigió sólo sus golpes contra el cuerpo, ya despojado de su poder, sino contra el alma misma. Á ésta debía primeramente vencer para apoderarse del cuerpo cuyo dominio había perdido. <sup>(1)</sup> En adelante la muerte no fué un atentado contra el cuerpo mortal, sino contra el alma; por eso merece, en el verdadero sentido de la palabra, ser llamada contra naturaleza. <sup>(2)</sup>

**5. La verdadera razón del temor á la muerte no ha sido jamás completamente conocida fuera del Cristianismo.**—Por consiguiente, la verdadera causa de ser la muerte tan amarga al hombre se encuentra en su carácter penal. Porque no se quiere reconocer esto, ninguna filosofía y ninguna religión, exceptuada la cristiana, saben dar la explicación de ello. Si la manera de comprender la muerte, que hasta aquí hemos refutado, exclusivamente pretendiera que sólo el Cristianismo enseñó á explicar la muerte, estaría en lo cierto, pues no hay duda en que la idea de un castigo del pecado fué oscureciéndose cada vez más en la humanidad.

Con todo, ha de admitirse, como ya establecimos en otro lugar, que en las leyendas persas, indias y asirio-babilónicas acerca del paraíso, del primer hombre y del pecado original, persiste el recuerdo de que hubo tiempo en que la muerte no existía y que el pecado del hombre fué quien la introdujo. La tradición de los griegos también creía firmemente que Pandora era la causa de todos los males que aparecieron en el mundo, y que antes de ella las enfermedades que preparan la muerte y los demás sufrimientos no existían. Mas ya no es tan fácil encontrar

(1) Sto. Tomás, *De malo*, q. 4, a. 3 ad 4.

(2) Sylvius, 1, 2, q. 85, a. 6. Gotti, *De peccat.*, q. 1, p. 2, 16.

entre los paganos una declaración categórica de que miraban la muerte como un castigo del pecado, aunque parece no haberse perdido por completo esa creencia. Esto hemos de reconocerlo: pero, sin embargo, no puede negarse que más ó menos claramente se conservó esta creencia, pues los filósofos posteriores, que tanto se preocupan de la muerte, combatieron esta idea, según de ello nos convenceremos, como hipótesis insostenible inventada por ignorantes.

**6. El temor á la muerte en la antigüedad.**—Los paganos sentían tanto más vivamente la amargura de la muerte cuanto, menos sabían explicarse esta cuestión oscura. Nada menos verdadero que la aserción de propósito inventada, de que los antiguos, en vez de temer la muerte, la habían amado y acariciado.

Prescindimos aquí de los predicadores de una moral frívola, que se burlan de la muerte y juegan con ella para animarse á gozar de la vida, que desgraciadamente pasa pronto. Tales hombres no tienen derecho á ser escuchados en donde espíritus reflexivos discuten cuestiones serias. Hagan, pues, los antiguos, si gustan, aparecer en sus banquetes la imagen de sus muertos, <sup>(1)</sup> cantando: ¡Créeme! ¡aprovecha el buen tiempo; goza de la vida! No serás pronto más que una sombra, un nombre vano, ceniza. <sup>(2)</sup> Que nuestros modernos paganos les imiten en esto; que haya hombres tan profundamente caídos en la grosería, que lleguen á convertir en lugar de excesos la habitación mortuoria y el Campo Santo; nosotros no podemos ver en esto la apreciación de la humanidad, pues ¿quién podría ver la manifestación de una época y de sus miras en semejantes excepciones, afortunadamente poco frecuentes?

Los mejores y más sensatos de entre los paganos aprecian de muy distinto modo la muerte. Decimos la muerte, pues se nos quiere hacer creer que sólo consideraban con

(1) Lucian., 12, 17.

(2) Persius, V, 151 y sig.